María Elena Sarmiento

La más amada

La seductora vida de
Lou Andreas Salomé
la mujer que desafió a su época



MARÍA ELENA SARMIENTO

La más amada

La seductora vida de
Lou Andreas Salomé
la mujer que desafió a su época

Índice

Portadilla
Índice
Dedicatoria

Parte uno
1. Göttingen, 1937.
2. San Petersburgo, 1878.
3. Ámsterdam, 1880.
4. Roma, 1882.
5. Roma, 1882.
6. Roma, abril 1882.
7. Hamburgo, 1882.
8. Naumburg, 1882.
9. Stibbe, 1882.
10. Berlín, 1882.
11. Berlín, 1886.
12. Berlín, 1886.
13. Berlín, 1887.
14. Tempelhof, 1889.
15. París, 1894.
16. Tempelhof, 1894.

Segunda parte
1. Múnich, 1897.
2. Múnich, 1897.
3.
4. Lago de Starnberg, Baviera, 1897.
5. Lago de Starnberg, Baviera, 1897.
6. Camino a Florencia, 1898.
7. Florencia, 1898.

8. Florencia, 1898.
9. Tempelhof, 1898.
10. San Petersburgo, 1900.
11. Göttingen, 1900.
12. Camino a Viena, 1901.

Tercera parte
1. Viena, 1905.
2.
3. Göttingen, 1909.
4. Playa de Ribersborg, 1911.
5. Weimar, 1911.
6. Göttingen, 1912.
7. Viena, 1912.
8. Viena, 1912.
9. Viena, 1912.
10. Viena, 1912.
11. Viena, 1912.
12. Viena, 1913.
13. Viena, 1914.
14. Göttingen, 1916.
15. Göttingen, 1916.
16. Göttingen, 1919.
17. Viena, 1921.
18. Viena, 1926.
19. Valais, 1927.
20. Göttingen, 1930.
21. Göttingen, 1932.
22. Göttingen, 1937.
23. Göttingen, 1937.

Créditos
Grupo Santillana

Gracias a Laura Lara Enríquez, a Jorge Solís Arenazas,
a Eve Gil, a Guillermo Vega Zaragoza y
Juan Antonio Díaz Becerra. Sin ellos,
esta novela no hubiera podido ser.

Parte uno

"El verdadero hombre quiere dos cosas: el peligro y el juego.
Por eso ama a la mujer: el más peligroso de los juegos"
F. Nietzsche (Así habló Zaratustra).

1

Göttingen, 1937.

Éste es el final. Si no fueron mis problemas cardíacos ni el cáncer de senos la causa de mi muerte, algo tendrá que ser; desde muy niña tuve presente la certeza de este momento, por eso odiaba los espejos, porque me recordaban mis limitaciones y mi finitud, a pesar de la sensación de que con la inteligencia podía abarcarlo todo y vivir para siempre. No sé qué hubiera hecho diferente. Mi único deseo y verdadero impulso fue ser libre e independiente; es una pena la existencia de tantas mentes estrechas en el mundo, pero nunca me he detenido por ellas; que me llamen la bruja de Göttingen o me digan ligera de cascos, destrozadora de hombres, el más peligroso de los juegos. No les voy a contestar, no vale la pena. Aunque nací Louise por bautismo, y Ljola por sobrenombre, prefiero que el mundo me conozca como lo que soy: Lou Salomé.

2

San Petersburgo, 1878.

El pastor Gillot había decidido proponerle matrimonio a Ljola. Para casarse, ya tenía preparado su divorcio y dispuesto el lugar donde su esposa y sus dos hijas vivirían. Las amaba también; tenía que escoger y la decisión ya estaba tomada. Un amor como el que sentía por Ljola no podía dejarse pasar, aunque eso significara complicarse la vida con su familia y sus feligreses. Seguramente se metería en problemas, pero estaba seguro de que terminarían perdonándolo. Si alguien le hubiera dicho unos meses antes que iba a actuar así, no lo habría creído; menos en ese caso concreto en el que el objeto de sus deseos era una muchacha de diecisiete años.

Sonrió ante el espejo y revisó, como hacía antes de dar un sermón, que sus dientes estuvieran blancos y que no se hubiera quedado entre ellos ningún resto de comida. Su sonrisa era mayor que nunca y sus ojos, generalmente fríos, lo miraban orgullosos de haber conseguido el amor de la mejor mujer del mundo. Sabía que la apariencia física era importante para un pastor y la pulcritud también. No usaba ni barba ni bigote. Aunque el rasurarse todos los días le significaba un tiempo valioso, pensaba que una cara limpia era más de fiar y lo más importante era granjearse la confianza de sus feligreses.

La costumbre de ese último escrutinio de su aspecto antes de cualquier otra cosa le había quedado desde un día en que sus hijas se rieran porque tenía un diente verde. Las regañó por simplonas, pero inmediatamente se quitó el resto de perejil y tomó conciencia de que era necesario es-

merarse más en cómo se veía. Aparte de infundir respeto, un pastor debía servir como ejemplo.

Los espejos le recordaban a Ljola a pesar de que ella nunca los miraba. En realidad, su presencia llenaba cada espacio. El estudio en el que esperaba la visita diaria de su amada, tan pronto entrara ella se convertiría en un lugar distinto; aunque él le enseñaba que no había lugar para las fantasías, los sillones rojos y las alfombras de flores parecían contradecirlo: se veían más brillantes cerca de ella.

Gillot se anudó la corbata blanca formando un moño y dejó los extremos colgar encima del pecho. Se pasó de nuevo el peine por el cabello rubio, de forma que no se notaran las entradas, y repasó su discurso mentalmente. No podía creer que una joven lo pusiera tan nervioso a él, que tenía una hija de su edad, que había viajado por Europa y que estaba acostumbrado a hablar frente a multitudes. Sin embargo, nadie lo escuchaba como Ljola. No había otro ser humano con quien valiera tanto la pena hablar. En sus silencios atentos se convertía en el mejor hombre que podía ser y cuando, desesperada porque él no se daba prisa en llegar al punto de su interés, ella lo interrumpía con una lista interminable de preguntas, Gillot se llenaba de una paciencia infinita y se prometía prepararse mejor para el día siguiente. Ljola lo absorbía todo y quería más. La amaba y estaba seguro de ser correspondido.

Hendrik Gillot era un racionalista, un pastor racionalista, aunque esas dos palabras parecieran no ir del todo bien juntas. No sólo había estudiado Teología en la Universidad de Basilea, sino que estaba al tanto de las nuevas corrientes del pensamiento. Tenía fama de hombre culto y por eso, aunque en un origen había sido contratado para atender a la gran comunidad holandesa que vivía en San Petersburgo, había ganado feligreses entre los demás miembros de la sociedad. En ocasiones los fieles no cabían en la iglesia de la Perspectiva Nevski, donde oficiaba. Debido a

la diversidad de los asistentes, en invierno daba sus sermones en alemán, que era el idioma en el que hablaban los nobles rusos, y sólo durante el verano, cuando la alta sociedad estaba en sus casas de campo o visitando algún otro país, lo hacía en holandés.

Unos meses antes, Ljola le escribió una carta en donde le pedía una entrevista. A Gillot le causó ternura la mujer que imaginó tras esas letras. Con trazos firmes, la carta insistía en verlo como maestro más que como predicador porque afirmaba que no tenía ningún problema con Dios. Sólo la impulsaba su deseo de conocerlo mejor, ¿a Dios o a él? No le quedó muy claro, aunque lo que sí era evidente es que quería aprender. Esas aspiraciones eran muy raras en cualquiera, no se diga en una mujer.

Investigó un poco, no porque fuera a negarse a verla, sino porque la sociedad aristocrática sanpetersburguesa a veces era difícil. Tenía demasiados protocolos que observar, sobre todo si se trataba de una niña joven y noble.

Ljola había nacido en esa ciudad. Era una lástima; Gillot hubiera querido tratar con gente de países más civilizados. No es que Rusia estuviera del todo mal. Los edificios en San Petersburgo eran bellos, pero esos colores demasiado vivos eran para gustos más simples. El verdadero refinamiento intelectual se encontraba en el centro de Europa.

La rusa tenía diecisiete años, demasiado joven. Al principio imaginó a una muchacha consentida buscando la manera de darles un nuevo dolor de cabeza a sus padres. El predicador no debía perder su concentración de esa manera. Las muchachas sanpetersburguenses eran demasiado bellas y no quería esas tentaciones cerca. Se sabía fuerte para luchar contra esos deseos, pero prefería no dar qué decir.

La familia de Ljola no participaba del culto generalizado en Rusia. Debido a su ascendencia de hugonotes asentados en Alemania, pertenecían a la Iglesia Evangélica Reformada que el padre había ayudado a integrar gracias a sus

gestiones ante el zar. Por tal motivo, estaba más obligada que nadie a realizar en esa doctrina la ceremonia de confirmación para ingresar de lleno a su vida como adulta.

Sin embargo, Ljola había tenido un problema con el pastor Hermann Dalton, que era el que la preparaba. El viejo era sumamente conservador y apegado a la literalidad en San Petersburgo.

Gillot tampoco lo soportaba. En general, cualquiera que estuviera disgustado con el padre Dalton tendría que ser su amigo, aunque había que tener cuidado con los enemigos del enemigo. Dos personas podían llegar a lo mismo por caminos del todo diferentes y los principios eran importantes. La moral se estaba relajando demasiado en esos días. La rebeldía, deseable en todos los jóvenes, podía tomar un rumbo equivocado y terminar en libertinaje. Gillot era un liberal de pensamiento, pero un pastor al fin y al cabo, y aunque a veces dudara de Dios mismo, era consciente de su papel en el mundo.

Al parecer a Ljola no le molestaba que la iglesia a la que acudía su familia fuera contraria a la de Gillot. No sólo eran estilos diferentes, sino hasta religiones distintas. Mientras Dalton dirigía una iglesia de evangélicos reformados, Gillot era protestante.

Las mujeres siempre se fijaban en el físico, casi nunca en las palabras. Probablemente se trataba de una joven perezosa que no quería aprenderse los preceptos religiosos y por eso buscaba un lugar menos estricto, con menos que memorizar, aunque pensándolo mejor, era difícil que una muchacha así pidiera una cita. Es más, se había enterado de que ella rechazaba todo lo religioso hasta el punto de estar dispuesta a no confirmarse y separarse de la Iglesia. Sí, tal vez sólo era una joven caprichosa que terminaría regresando con el padre Dalton, pero habría que recibirla por lo menos una vez antes de negarse con cortesía a enseñarle.

—¿Tus padres saben que estás aquí? —preguntó Gillot en ruso cuando se vieron por primera vez. Por educación se levantó y se volvió a sentar enseguida. Con un gesto le indicó a Ljola que hiciera lo mismo en la silla del otro lado de su escritorio. A través de la ventana, la había visto llegar sola en su bicicleta, recargarla en el patio y subir corriendo hasta el estudio. Ahí seguía, respetuosamente de pie en la entrada, todavía recuperando la respiración. A pesar de ser muy alta, más que una joven, parecía una niña: cabello rubio, no muy bien recogido, falda negra hasta el tobillo y blusa blanca de mangas bombachas, anudada en moño y adornada con un camafeo. Sus botas negras tenían lodo en las puntas.

Ljola tomó aire y respondió en alemán:

—Necesito saber más. Tengo cientos de preguntas y muy pocas respuestas. Usted es un hombre culto y me puede enseñar —lo estaba inspeccionando sin moverse de la entrada.

—¿Por qué estás aquí? —a partir de ese momento, hablarían siempre en alemán—. Esta iglesia pertenece a la comunidad holandesa. Yo soy holandés y mi forma de abordar la religión es diferente a la rusa —iba a seguir hablando sobre su iglesia y su comunidad religiosa, pero la forma en la que Lou esperaba sus palabras lo hizo centrarse en ella —. ¿Tuviste problemas con el pastor Hermann Dalton?

—El padre Dalton dice que no cabe imaginar un lugar donde no esté Dios —Ljola seguía parada, muy erguida y con la mano en el corazón, como sosteniendo sus palpitaciones.

—La omnipresencia de Dios —complementó Gillot mientras servía el té en una vajilla con motivos color ladrillo y filos dorados. Estaba sorprendido de la urgencia con la que esa muchacha iniciaba un cuestionamiento teológico.

—Exactamente, y yo le objeté que claro que sí: el infierno es un lugar donde no puede ni debe estar Dios —di-

jo ella con la impaciencia de la juventud en la mirada que parecía preguntarlo todo, aunque con seriedad.

El pastor la miró de nuevo. Estaba atenta a la respuesta, como si esperara alguna reacción decisiva. Gillot derramó un poco de té en el plato. Lo cambió por uno limpio y lo colocó en el escritorio.

—¿Llegaste a esa conclusión por ti misma o leíste algo al respecto?

Ljola seguía de pie con la mano en el corazón.

—Una tía me habló de usted y fuimos juntas a su prédica del domingo pasado. En cuanto subió al púlpito y empezó a hablar, supe que tenía que buscarlo. Su sermón fue impresionante. ¿Me puede usted enseñar? Ya me cambié de colegio, pero no encuentro lo que busco.

Gillot arqueó las cejas, sorprendido. Ljola lo quería convencer.

—¿Llegaste a esa conclusión por ti misma o leíste algo al respecto? —preguntó de nuevo.

Ljola abrió mucho los ojos como buscando la respuesta en los de Gillot y de pronto, con un gesto de complicidad, se señaló a sí misma mientras balbuceaba:

—Yo, yo. Le estuve dando vueltas al asunto.

Gillot afirmó con la cabeza; con la mano la animó a seguir hablando. Ella le platicó cómo sus padres la habían mandado a una escuela inglesa privada para niñas; ella les rogó que la cambiaran, y aunque no logró persuadirlos de que a las mujeres modernas había que enseñarles otras cosas además del bordado, al final, habían cedido por cansancio y por eso pudo asistir de oyente a la escuela protestante-reformada de San Pedro, que ya estaba más estructurada.

Estar sentado frente a Ljola era muy extraño para Gillot. Escuchaba la voz de una niña, y la veía inmóvil en la puerta, todavía sonrojada por el esfuerzo de haber llegado hasta ahí en bicicleta, pero su mirada era de mujer. Le pareció

una niña encantadora, con una mente hambrienta de estudio y excluida de educación formal.

Se levantó y caminó hacia ella y al tomarla del brazo para conducirla a la silla, sintió algo que creía olvidado para siempre. Era el olor de su propia juventud. Era el campo, la libertad, los molinos y los tulipanes; era esa niña que lo miraba como a un dios, que esperaba una eternidad de pie a que él la admitiera como alumna. Era una presencia a quien por estatura miraba a los ojos, pero por un momento tuvo la sensación de que ella lo obligaría a estirarse hasta mayores alturas.

Aunque desechó la idea por descabellada, sin proponérselo empezó a enseñarle filosofía de la religión ese mismo día. Ljola sacó un cuaderno azul de su bolsa y tomó notas con avidez, en silencio. Sólo en algunas ocasiones lo cuestionaba con la mirada; casi todo el tiempo asentía y apuntaba, sonriendo, asegurándole con su actitud que aprender de él le causaba un placer inmenso.

Él le habló de la superstición en las sociedades primitivas, de los rituales, y al platicarle de los símbolos, notó el camafeo que ella llevaba en el pecho. Estaba rodeado de pequeños brillantes, rubíes y esmeraldas; lo que le llamó la atención era la figura enmarcada: una doncella vestida de blanco, acariciando a un unicornio. Gillot le explicó que representaba la virginidad porque una joven virgen era lo único capaz de atrapar a un unicornio, quien se acercaba a ella para recargarse en su regazo.

—¿La virgen es el cebo? —preguntó Ljola sorprendida. Gillot asintió divertido y, por un momento, se sintió su cómplice; eran dos aprendices que compartían sus descubrimientos del mundo. Entonces la muchacha reflexionó:

—Qué curioso que a la doncella la simbolicen como cebo del unicornio, porque el sexo —y aquí bajó el volumen de la voz y se ruborizó antes de continuar— es el arma con el que los hombres atrapan a las mujeres.

Gillot jamás había escuchado la palabra "sexo" de labios de una mujer.

—¿Arma? —exclamó intrigado aclarándose la garganta, y se sirvió té. Estaba ya dispuesto a regañarla mientras pensaba que era justamente al revés. Para él, eran las mujeres las que atrapaban a los hombres a través del sexo. Todo el mundo sabía eso.

Los ojos de Ljola estaban fijos en los suyos: —Compréndame, por favor; no me juzgue— parecían decirle. Gillot le dio un sorbo a su té y Ljola se soltó a hablar sin dejar de mirarlo, todavía ruborizada:

—Tal vez la virginidad sea el cebo con el que las muchachas atrapan al marido, pero una vez que se han entregado, ellas mismas quedan enredadas y pierden su libertad —en algún momento había cerrado los dos puños y al pronunciar la palabra libertad, extendió los dedos.

Gillot había quedado hipnotizado por esas manos jóvenes; en el momento en el que Ljola las abrió, le pareció que cientos de mariposas se echaron a volar. Casi podía sentir el aleteo, la libertad del vuelo, el colorido de la primavera, y las palabras que la acompañaban le parecían el sonido del viento que lo elevaba cual cometa.

Cuando se dio cuenta, tenía una sonrisa tonta que no se había permitido en mucho tiempo. Se acomodó derecho en la silla.

Ella continuaba hablando:

—Cuando uno se entrega al otro de esa manera —sus labios parecieron pronunciar la palabra "sexual" pero no se escuchó nada— nuestra libertad choca con la libertad del otro.

—Se complementan: de dos libertades se hace una sola.

—Usted habla de la autonomía en pareja —se atrevió a argumentar Ljola, encorvándose un poco, sin dejar de mirarlo—, pero entonces uno no es libre de seguir su camino por sí mismo y sobre todo me refiero al campo intelectual —se enderezó en su silla y subió el volumen de la voz—. Ya